



Especial

www.larepublica.pe

La República
Domingo,
2 de marzo del 2025

A MÍ NO ME
CUMBÉN

Alberto Vergara

POLÍTICO DE LA UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO



Trump 2.0: nostalgia social y revolución política

Esta semana, Trump estremeció al mundo alineándose con Rusia en una votación en Naciones Unidas y, dos días después, humillando al presidente ucraniano, Zelenski, en la Casa Blanca. La idea misma de "occidente" se desvanece. En este texto, Vergara disecciona las coordenadas ideológicas que mueven la segunda presidencia de Donald Trump.

Essabido que Karl Marx aseguró que la historia suele repetirse dos veces: la primera en forma de tragedia, la segunda como farsa. La frase me vino a la mente cuando Pedro Castillo ejecutaba su propia versión del autogolpe de Fujimori y probaba que en el Perú cuando la historia se repite aparece primero como tragedia y luego como episodio de *Al fondo hay sitio*.

Esto viene a cuento porque desde un lugar completamente distinto, Donald Trump desafía e invierte el viejo *dictum* marxista: su primera presidencia se nos aparece hoy como un *reality show* de mal gusto y, esta segunda, como una tragedia en plena forma. Durante su primer mandato, recuerdo una caricatura en *The New Yorker* en la que unas personas comentaban algo así como: "¿y qué tal si este presidente simplemente nos asegura la diversión cotidiana?". Hoy ya nadie haría ese chiste. Como le dijo don Barzini a Vito Corleone: "*Times have changed*".

Trump versión 2.0 es otra cosa. ¿Pero qué es? Estas semanas han aparecido una multitud de caracterizaciones del personaje, sus creencias y ambiciones. Quisiera utilizar este artículo para desbrozar mis propias confusiones y proponer una caracterización política que resulta casi un oxímoron: Trump como reaccionario revolucionario.

El reaccionario es la antítesis del progresista. No es un conservador preocupado por defender el *statu quo*, sino alguien que desprecia los avances que produjeron el *statu quo* (de ahí la frase de Riva-Agüero a Luis Alberto Sánchez: "No soy un conservador, soy un reaccionario"). El sueño del reaccionario es, en términos sociales, restaurar las jerarquías estamentales (en detrimento de los ciudadanos) y, en el plano político, regresar a un sistema donde el poder reside en pocas manos.

Ese ha sido siempre el marco ideológico de Trump. No que lo haya hecho explícito ni que todas sus decisiones se expliquen por esto (muchas son simplemente estupideces, como cuando consideró que beber lejía podía ser efectivo contra el covid-19), pero ese es, llamémosle, su reflejo ideológico.

“

El sueño del reaccionario es, en términos sociales, restaurar las jerarquías estamentales (en detrimento de los ciudadanos) y, en el plano político, regresar a un sistema en el que el poder reside en pocas manos”.

“

Con Trump, EEUU reniega de su pretendida condición de 'faro de libertad para el mundo' y admite que solo es otra nación egoísta”.

En cuanto a su afán por restablecer las jerarquías, podríamos listar infinidad de ejemplos. Su aparición en la política se fundó en el disgusto que expresaba por Obama y diseminó el embuste según el cual no había nacido en EEUU (¿cómo un afro iba a ser norteamericano y presidente?); luego, lanzó su candidatura denigrando a mexicanos de forma genérica —malas personas, violadores—, y durante su presidencia, por ejemplo, conminó a un grupo de congresistas mujeres con orígenes familiares diversos a que "regresaran a su país". Es decir, Trump rechaza consistentemente la idea de una ciudadanía fundada en la igual dignidad y capacidad de los individuos; la ciudadanía debería estar restringida a un solo tipo de personas: un hombre blanco, y mejor si es millonario.

Un ejemplo más: tras un accidente aéreo reciente en Washington DC en el que murieron 64 personas, aseguró que las políticas de diversidad eran culpables del accidente. Con pilotos hombres y blancos, no ocurrirían accidentes. Y, recientemente, Trump ha purgado muchos de los rangos altos de las Fuerzas Armadas, descartando a afroamericanos y mujeres. En síntesis, es un proyecto que anhela, cada vez con menos disimulo, la restauración de un orden social marcado por jerarquías adquiridas esencialmente al momento de nacer y que establecen quién está hecho para mandar y quién para obedecer; quién con el derecho a participar en la esfera pública y quién para permanecer en el ámbito privado.

Luego, está la cuestión de la concentración del poder. Durante su primera presidencia siempre guardó más elogios para Kim Jong-un, Putin o Xi que para cualquier líder democrático (a Angela Merkel siempre intentaba hacerle notar que no la consideraba una igual); al final del mandato, comandó un intento de golpe de Estado y como candidato anunció que le gustaría ser dictador; ya como presidente ha afirmado que quien está salvando a su patria no puede quebrar la ley. Busca, entonces, la concentración del poder y su ejercicio ilimitado.

Y aunque en su primer mandato probablemente deseaba lo mismo, ahora tiene los medios para lograrlo: mayoría en ambas cámaras,



una corte suprema a la medida, un vicepresidente consagrado a la franela, el aparato burocrático purgado de resistencias y el FBI y el comando de las Fuerzas Armadas encabezados por fieles del culto trumpista ("Lo amo, señor. Pienso que usted es *great*, señor. Yo mataría por usted, señor"). Es lo que Trump asegura le dijo el nuevo jefe de las Fuerzas Armadas norteamericanas).

Sin embargo, si en términos sociales Trump busca restaurar un orden jerárquico, en términos políticos no quiere rebobinar la historia, sino un orden nuevo. Por eso, es un reaccionario paradójico: el reaccionario revolucionario. Busca rupturas drásticas: con la tradición democrática y republicana norteamericana al jugar con la idea del monarca, su dinastía y corte patrimonialista; y por otro lado, reorganizar el tablero internacional desde las más crudas relaciones de poder. Como proponen